

LOS LÍMITES DE LA POLÍTICA

José WOLDENBERG*

SUMARIO: I. *El impacto del desempeño económico*. II. *El lugar de los políticos*. III. *No hay bien que no genere mal*.

En relación a los políticos no sólo existe distancia o desencanto, sino incluso irritación. Basta abrir un periódico, escuchar la radio, ver la televisión o tocar el tema en el centro de trabajo o en una comida con los amigos, para corroborar la mala opinión que la mayoría tiene de los políticos. Las quejas y los reclamos conforman una letanía cansina y previsible. Aburrida, pues. Como consuelo de tontos podemos decir que no se trata de un fenómeno local, “nuestro”, sino que lo mismo sucede en los demás países de Latinoamérica, y para ello se puede consultar el informe del PNUD, *La democracia en América Latina*. Otro ejemplo: en una encuesta publicada por el Centro de Investigaciones y Estudios Sociales (CIES) de la República Dominicana la institución que menos confianza despertó en los entrevistados fue los partidos políticos (sólo 10.7% de los encuestados dijo depositar su confianza en ellos). Por debajo de las iglesias, los medios de comunicación, las fuerzas armadas, los bancos, los empresarios, la Suprema Corte de Justicia e incluso los policías. Triste y expansiva realidad.

Ahora bien, si no se trata de un fenómeno mexicano, si esa percepción se extiende por todo el continente latinoamericano, las preguntas pertinentes parecen ser: ¿por qué defraudan al público?, ¿no será que depositamos demasiadas expectativas en ellos?, ¿no estaremos pidiéndole peras al olmo?, ¿no nos estaremos equivocando cuando les exigimos a los políticos algo que quizá no puedan hacer?

Intento explicarme. Hemos considerado tradicionalmente a la política como la actividad capaz de transformar el “estado de cosas existentes”, es decir, como la práctica a través de la cual se decide lo fundamental de la vida en común. De ahí su centralidad, de ahí su importancia. Y por

*Maestro en estudios latinoamericanos por la UNAM, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Director de la revista *Nexos*. Fue Consejero Presidente del Consejo General del Instituto Federal Electoral de 1996 a 2003.

supuesto los políticos aparecen como los agentes que encarnan esas posibilidades. ¿Pero realmente la política puede lo que imaginamos?, ¿es hoy una gran palanca para la transformación o siquiera un buen instrumento para la conducción de los asuntos públicos?

Sostengo que la política sigue siendo imprescindible para la conducción de la vida en común, para la expresión y convivencia de la pluralidad, para ofrecer cauce al procesamiento de los conflictos sin fin, para atender las carencias y rezagos sociales, para trazar rutas y programas, etcétera. Pero debemos afrontar que la política, como cualquier otra actividad, no sucede en el vacío, sino que se despliega encuadrada en límites. Vayan, pues, unos apuntes en ese sentido.

I. EL IMPACTO DEL DESEMPEÑO ECONÓMICO

En México, durante largos cincuenta años la expectativa de los padres fue que sus hijos alcanzarían un mejor nivel de vida que ellos, y esa ilusión, en lo fundamental, se cumplía. En los últimos veinte años esa expectativa se ha convertido en su contraria: se espera que los hijos vivan peor que los padres, y por desgracia, en la mayoría de los casos se cumple. Una explicación fundamental se encuentra a la mano: entre 1933 y 1981 la economía mexicana creció a una tasa anual promedio del 5 por ciento. De 1982 a la fecha el crecimiento promedio anual ha sido de alrededor del 2 por ciento.

José I. Casar y Jaime Ros nos recuerdan que entre 1940 y 1981 el PIB por habitante creció en 3.2 por ciento anual. Mientras que de 1982 al año 2003 lo hizo sólo al 0.6 por ciento.¹ Algo similar nos informa Carlos Tello Macías. El crecimiento del PIB por persona anual por quinquenios fue el siguiente. Entre 1965 y 70, 3.5 por ciento, entre 71 y 76 3.0, entre 77 y 82 3.3, y a partir de ahí un quiebre espectacular: entre 83 y 88 -2.1, entre 89 y 94 1.9, entre 95 y 2000 1.6 y de 2001 a 2003 -1.5.²

De tal suerte que las posibilidades de mejorar las condiciones materiales de vida se han trastocado de manera profunda. De un largo periodo de crecimiento económico sostenido que suponía un progreso en la situación de las familias pasamos a un estancamiento que produce erosión de la vida diaria. Y por supuesto, con ello también los humores

¹ CASAR, José I. y Jaime ROS, “¿Por qué no crecemos?”, *Nexos*, México, octubre 2004, p. 57.

² TELLO MACÍAS, Carlos, “Transición financiera en México”, *Nexos*, México, agosto 2004, p. 22.

públicos han cambiado. En términos personales, pero también sociales, las expectativas, las ilusiones, las perspectivas, tienen un peso fundamental en las conductas. Unas serán el resultado de aspiraciones que de manera gradual se cumplen (por ejemplo, la aspiración de elevar el nivel de escolaridad de los hijos) y otras, por supuesto, la de ensueños que se frustran (por ejemplo, la idea de que luego de un título universitario las posibilidades de un empleo digno se encontraban aseguradas).

Durante la fase de crecimiento millones de personas fueron incorporadas a un empleo productivo y/o formal, se expandió la educación, el sistema de salud pública se amplió, los servicios en las ciudades (drenaje, pavimento, luz, etc.) se multiplicaron, y la sensación de una mejoría paulatina pero real impregnaba el espíritu público. El cine, la televisión, la radio, recreaban ese sentimiento. El optimismo era el estado de ánimo predominante. Las clases medias crecían y su expansión era el anuncio del nuevo México. En los años cincuentas “aparecieron los primeros suburbios así como los televidentes, como se llamó a los espectadores de la novedad tecnológica. En algunos los cincuenta crearon la sensación de estar a las puertas del paraíso, y en otros la de estar cerca, cuando menos. Una meta era vivir bien; no la buena vida, sólo vivir bien, rodeado de consolas y aparatos de televisión, lavadoras y alfombras de pared a pared y salas modulares y plásticos, acrílicos, cromos, neones”.³

Período de confianza y grandes esperanzas, de futuros promisorios y bienestar que se extendía. Escribe sobre aquellos años Serge Gruzinski:

La ciudad (de México) respira entonces, al menos en apariencia, una modernidad controlada. En el sur, en sólo cuatro años (1948-1952) la Ciudad Universitaria surge de la tierra y transforma la geografía de maestros y estudiantes, al mismo tiempo que promete educación para la mayoría. Levantada a principios de los años cincuenta, la torre latinoamericana rasga el cielo y materializa el dinamismo urbano. Su verticalidad rompe con la horizontalidad que aún domina la ciudad. Símbolo del progreso, de la norteamericanización a todo galope, proeza técnica a prueba de los futuros terremotos... Sueño de un crecimiento que nada podría detener y de una apertura hacia el resto del mundo. Octavio Paz puede escribir: ‘Por primera vez en la historia, somos contemporáneos de los demás hombres’.⁴

³ SABORIT Antonio, “Prólogo” al libro de Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, CONACULTA, México 1996

⁴ GRUZINSKI, Serge, *La Ciudad de México: una historia*, FCE. México. 2004. p. 29-30.

Aquel crecimiento nunca fue igualitario. Por el contrario, el crecimiento fomentó abismales desigualdades. Pero cada familia al compararse contra sí misma observaba una mejoría. Y al parecer, aquello era suficiente para inyectar dosis de satisfacción en la vida social.

En suma, el país generó una espiral de crecimiento económico, contento y coloridas esperanzas. Incluso el formato autoritario de la política y la vida social parecían reciclarse y sólo algunas franjas de la población se inconformaban contra el verticalismo y la opresión. (No resulta casual que el fenómeno antiautoritario creciera hasta volverse un poderoso movimiento social y político precisamente durante la etapa de parálisis económica).

Pero las sucesivas crisis, el estancamiento, han tenido un impacto desgarrador. El trabajo informal crece como una mancha imparable, la educación pública se deteriora y de facto asistimos a una escisión profunda entre la educación pública y la privada (ambos circuitos se separan hasta configurar una ruta para los pobres y otra para las capas medias y altas), los servicios de salud se deterioran, no se genera empleo suficiente, y la irritación social crece y todo lo inunda.

No hay que buscar muy lejos. En las calles, las oficinas, las fábricas, los comercios, el humor público es ácido. El malestar se reproduce y las relaciones entre desconocidos suelen ser tensas. El día a día es arduo y las ilusiones resultan escasas.

Basta asomarse a nuestros medios de comunicación. La irritación es un común denominador. La majadería y el insulto son moneda común. El presente es gris y el futuro pinta peor. La complejidad de los problemas desaparece y es sólo la incompetencia, la tontería, la corrupción de los políticos la fórmula cansina para explicar nuestros males. El espíritu público expresa desencanto, cansancio, malestar.

Es difícil —imposible— resignarse a ver el deterioro de las condiciones de vida, asimilar que la suerte de los hijos será peor que la de los padres, y por ello, si bien el proceso de cambio democratizador puede explicarse por la lógica misma de la política, no debe perderse de vista que en el trasfondo y como acicate se encontraba una economía estancada con sus fuertes efectos en los humores públicos.

De tal suerte que el crecimiento económico no es sólo una necesidad para atender las graves carencias materiales en la que transcurre la vida de millones de mexicanos, sino también resulta imprescindible para recuperar un espíritu público que haga que la vida en sociedad esté menos cargada de cólera y malos humores. Y por supuesto, la palanca